

LOS INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ O LA PICARESCA SIN PÍCARO

Los Infortunios de Alonso Ramírez or the Picaresque without a Pícaro

José Luis Díaz Báez
Estudiante graduado
Programa Graduado de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: jose.joeydiaz5@gmail.com

Resumen

Se discute el libro famoso de Carlos de Sigüenza y Góngora y la tendencia de los críticos de clasificar esta obra como una novela picaresca. En la conferencia «Toward a Definition of the Picaresque» (1971), Claudio Guillén especifica que el pícaro es un *half-outsider*, o un excluido a medias que comete crímenes, pero que no es estrictamente un criminal. Basado en las premisas de Guillén, este trabajo afirma que Alonso Ramírez, el católico devoto y ciudadano respetuoso de la ley, no cae bajo los parámetros de lo que se considera un pícaro. El estudio también examina la opinión crítica que considera a Alonso Ramírez un judeoconverso y concluye que la evidencia textual utilizada para probar este punto resulta insuficiente.

Palabras clave: *Los Infortunios de Alonso Ramírez*, novela picaresca, pícaro, judeoconverso, acercamiento formal.

Abstract

Discussion on Carlos de Sigüenza y Góngora's famous book and the tendency of critics to classify it as a Picaresque novel. Based on Claudio Guillen's conference "Toward a Definition of the Picaresque" (1971), in which the author specified that the pícaro is a half-outsider, a figure that commits crimes but is not strictly a criminal, this paper asserts that Carlos de Sigüenza y Góngora's Alonso Ramírez, the pious

catholic and law-abiding citizen, could not possibly be classified as one. The study also addresses the opinion that Alonso Ramírez was of Jewish descent and concludes that the textual evidence used to prove this is insufficient.

Keywords: *Los Infortunios de Alonso Ramírez*, picaresque novel, *pícaro*, Jewish «*converso*», formalistic approach.

Recibido: 18 de febrero de 2020. *Aprobado:* 13 de marzo de 2020.

Mucho se ha dicho acerca de las afinidades de los *Infortunios de Alonso Ramírez* con la novela picaresca. No se ha prestado suficiente atención, sin embargo, al grado de disimilitud entre este texto criollo, de composición heterogénea, y los grandes pilares del género que se constituyó cuando el *Guzmán de Alfarache* (1599) aprovechó y expandió las posibilidades artísticas establecidas por el *Lazarillo de Tormes* (1554)¹. Para el año de la publicación de los *Infortunios* (1690), la serie picaresca ya llevaba casi un siglo de establecida y había legado sus contribuciones formales al discurso literario, entre las cuales Alonso Zamora Vicente (2003) le atribuye haber iniciado la novela moderna. No resulta extraño, entonces, que el texto que Carlos de Sigüenza y Góngora le presentó al conde de Galve, virrey de la Nueva España, como una relación, asimilara los tópicos reiterados por esta modalidad literaria, y más aun tratándose de las adversidades que padeció Alonso Ramírez para mejorar su situación. No obstante, los mecanismos formales que resultan imprescindibles para la serie picaresca pierden su fuerza de expresión con la evolución del género y los artificios que llegaron a ser vértebra imprescindible en este grupo de obras se vuelven rasgos vestigiales o del todo anulados en los textos sucesores². Tal es el caso de los *Infortunios de Alonso Ramírez*, que, a pesar de contar con varias características propias del género, prescinde de la que resulta ser el alma de esta serie de obras: el pícaro.

¹ El tercer gran monumento picaresco es, por supuesto, la *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños* de Francisco de Quevedo.

² Juri Tinianov, el formalista ruso, habla sobre el proceso de automatización en la literatura (1976).

La pertenencia o no de una obra en la serie protagonizada por el pícaro ha dado pie a un diálogo productivo entre críticos que se han propuesto concientizar sobre el uso y abuso de la etiqueta picaresca. Vemos, por ejemplo, desde *¿Qué es la novela picaresca?*, de Alonso Zamora Vicente, una preocupación por la idiosincrasia del género. Sobre el origen de lo picaresco y sus comienzos, Agustín Redondo habla acerca del periodo de los 1540, década que considera «de diversas innovaciones literarias, en particular a lo que hace a la fingida autobiografía literaria... el de la epístola y las *lettere volgare*, pero también el de la carta de relación» (256-257). Es de particular atención que Redondo mencione la relación en la genealogía de lo picaresco, pues la aportación de dicho discurso está «en el que el emisor, muchas veces anónimo, relata a su destinatario, real o no, mencionado o solo aludido, un caso (o suceso) presentado como personal... y precisamente esas relaciones de sucesos... ganan terreno nuevo hacia mediados del siglo XVI» (257). Los *Infortunios* fueron concebidos, para ser exacto, como una relación dirigida a Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, escrita por Carlos de Sigüenza y Góngora, en donde se relatan las vivencias de Alonso Ramírez desde que salió con edad de trece años de Puerto Rico, debido a los rigores de los trabajos de ser carpintero de ribera a tan corta edad. De modo que vemos de entrada que se sigue la fórmula establecida por el *Lazarillo* cuando éste se dirige a «vuestra merced».

Aun así, recalcando lo que dice Redondo y que Roberto González Echevarría ahonda en su libro *Mito y archivo*, no se trata de que los *Infortunios*, como relación, hayan emulado a la picaresca, sino que la picaresca, en sus comienzos, incorporó las estrategias retóricas de la relación. Dice González Echevarría: «The form assumed by the picaresque was that of a *relación* (report, deposition, letter bearing witness to something), because this kind of written report belonged to the huge imperial bureaucracy through which power was administered in Spain and its possessions» (10). Basándose en la hegemonía de los discursos de la que habla Michel Foucault, el crítico dice que la teoría bajtiniana de la narrativa le atribuye demasiado poder al *folk* o al contenido popular de la cultura, mientras que el teórico francés acierta en subrayar el predominio de la censura y la coacción en la fragua de los discursos. La mediación excesiva de la Corona para mantener el predominio imperial en sus territorios de ultramar propició un ambiente burocrático en el

que la narrativa forense prevalecía³. Es por esta razón que el catedrático cubano aduce: «It is my hypothesis that the novel, having no fixed form of its own, often assumes that of a given kind of document endowed with truth-bearing power by society at specific moments in time» (8). De esta aseveración se colige que la picaresca nació cuando la novela dejó atrás sus manifestaciones previas para remedar el discurso de la ley⁴.

El pícaro, como se sabe, es un ser marginalizado. La íntima conexión del género picaresco con la relación se explica al tener en cuenta este señalamiento, ya que González Echevarría afirma: «To write was a form of enfranchisement, of legitimation. The *pícaro*, the chronicler, and in a sense the whole New World, seek enfranchisement and a validation of their existence through the writing of their stories» (45, 46). De esta manera, quien se encuentra en una posición no favorable en el marco de su sociedad halla una legítima defensa de su existencia en la relación, esquema narrativo que le cae como anillo al dedo a la novela picaresca. Por esta razón, la fórmula epistolar que delata Lázaro al referirse a un «vuestra merced» resulta innovadora, pues se trata de un ser que aprovecha la ocasión que le brinda el escándalo del «caso» para recontar su vida no *in media res*, sino desde su nacimiento; es decir, el hijo de Antona Pérez y Tomás González convierte la palabra en un arma para defender su circunstancia y validar los esfuerzos de quienes «con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto» (28). En este sentido, los *Naufragios* (1542) de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca resultan de gran interés en la larga tradición de relaciones que influyeron en la novela picaresca tanto por su cercanía temporal con el *Lazarillo* (1554) como por que los críticos le han prestado mucha atención a sus méritos literarios y sus maniobras retóricas.

Stephanie Merrim, por ejemplo, afirma en su ensayo «Los primeros cincuenta años de historiografía hispana sobre el nuevo mundo: El Caribe, México y América Central» que quienes escribieron relaciones en este periodo se caracterizaron por el interés de hacer ver sus fracasos como

³ Es este precisamente el argumento que vertebra el libro de *Mito y archivo*, que lo hace un texto innovador.

⁴ Como señala Alonso Zamora Vicente en su estudio citado varias veces, la novela existía antes de la picaresca, solo que, como la conocemos hoy día, en su manifestación moderna, se puede afirmar que emanó del *Lazarillo*. Entre las modalidades previas, dice el autor, preponderaba la literatura de evasión difundida por tres tipos de novela: la sentimental, de caballería y las pastoriles.

triumfos dignos de ser reconocidos, y también recompensados. Merrim igual añade, acaso intuyendo el vínculo discursivo entre la relación y la novela picaresca, una observación puntual sobre el protagonista de los *Infortunios*: «Es esta heroica imagen de Núñez (más que en la otra de *antihéroe picaresco*, otra posible lectura de la obra), la que ha sido consagrada con los años por los lectores de los *Naufragios*» (119, énfasis mío)⁵. Lucía Invernizzi Santa Cruz, por otro lado, no solo analiza los *Naufragios* en calidad de muestra de un discurso que busca vindicar a su autor, sino que añade los *Infortunios* en su ensayo titulado «*Naufragios e Infortunios*: Discurso que transforma fracasos en triunfos». Argumenta la autora que quien produce estos textos «...padece una injusta situación de menoscabo y postergación desde la cual se genera la necesidad de otra acción, la verbal, concebida como la única posibilidad de suscitar un cambio favorable para sus intereses» (9). Son las palabras y las maniobras retóricas de un emisor habilidoso que intenta llegar a la cumbre de la buena fortuna y que procura persuadir para legitimarse⁶.

Otro contexto imprescindible en los debates sobre la novela picaresca es la figura del judeoconverso. La persecución religiosa que padeció la casta judía en España antes y después de la expulsión compulsoria decretada en 1492 tuvo consecuencias socioeconómicas que se tradujeron a la expresión artística. Tal es la opinión de estudiosos como Idalia Cordeiro Cuevas (1992), quien arguye, siguiendo los pasos de Américo Castro, que el componente semítico de la sociedad española desahogó la angustia producto de su represión en obras maestras como *Lazarillo de Tormes* y *Guzmán de Alfarache*. Cordeiro Cuevas sugiere que, al brindarle contexto histórico a las renuencias en el decir del narrador del *Lazarillo de Tormes*, parecería que éstas resultan de la condición de converso del autor. La crítica subraya la actitud del narrador como una clave interpretativa del texto:

⁵ Otra cita en la que Merrim apunta a las afinidades entre *Naufragios* y la novela picaresca es la siguiente: «Pero el paso siguiente en esta *batalla picaresca* contra el hambre le vuelve a convertir en esclavo, del indio de un solo ojo y su familia que tienen a otro español cautivo» (115, énfasis mío).

⁶ La palabra como arma del pícaro es llevada al extremo de sus posibilidades estéticas en el *Buscón*, de Francisco de Quevedo, escritor famoso por sus juegos lingüísticos conceptistas. Tanto es así que Victoriano Roncero López aseguró que una de las corrientes interpretativas de este libro es la esteticista, la cual considera «que Quevedo no perseguía otra intención que la de crear un simple juego lingüístico, con finalidad de divertir al lector... y demostrar el uso del lenguaje» (173).

«Hoy, se tiende a pensar que visión tan descarnada de la sociedad como la que aparece en la novelita renacentista ha de corresponder a un ser que contempla dicha sociedad con los ojos del desengaño» (15). Desengaño, angustia, desilusión, soledad son términos con que la autora se expresa para fundamentar este punto de vista, pues es de esperar que personas marginadas como lo fueron los judeoconvertos tengan una visión descarnada de la vida. Resulta lógico, teniendo en cuenta la escala de la Inquisición, que dicha opresión repercuta en la manera en que se dice lo que se dice.

En el ensayo introductorio a su edición de los *Infortunios*, Estelle Irizarry traslada esta consideración sobre el judeoconverso al entorno americano cuando considera la genealogía de Alonso Ramírez. La catedrática puertorriqueña sugiere que De Sigüenza y Góngora trata con ambigüedad tanto la procedencia del padre de Alonso como su elección del apellido materno y elisión del paterno. Vemos, por ejemplo, que el narrador dice: «Llamóse mi padre Lucas de Villanueva, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento, cónstame porque varias veces se le oía, que era andaluz» (96, énfasis mío). Cordero Cuevas, por su parte, identifica al judío converso como un sujeto que huye del fantasma de la delación (14). A propósito de la persecución religiosa, Irizarry advierte que el Santo Oficio en Puerto Rico era más laxo que en Nueva España. En el virreinato se dieron varios autos de fe terribles, de 1646 a 1649, con lo que la estudiosa explica que el padre de Alonso Ramírez pudo haber venido de México a Puerto Rico. En cuanto a la elección del narrador por Ramírez en vez de Villanueva como apellido, Irizarry recuerda que «el cambio de nombre o uso de diferentes nombres fue característico del nuevo cristiano» (43)⁷. En el caso literario podemos ver varios ejemplos de esta tendencia en el *Buscón*, ya que Pablos, de quien Quevedo se asegura de dejar claro que es converso, adopta identidades falsas como la de don Felipe Tristán para introducirse en la aristocracia «fraudentamente»⁸.

⁷ Se ha asociado con frecuencia el cambio de nombre de los pícaros con el cambio de máscaras e identidades, pues, como opina Ulrich Wicks: “Metamorphoses and changing roles are part of the pícaro's survival kit -as the world is in flux, so he can change roles to face it. Picaresque life is a constant change of masks on the world-as-stage” (247).

⁸ La animadversión de Quevedo por los cristianos nuevos y, en especial, por quienes se insertaban en la Corte, no merece mayor comentario. Idalia Cordero Cuevas, por ejemplo, se refiere a Quevedo como «un cristiano viejo famoso —entre otros— por sus múltiples despliegues del más feroz antisemitismo» (26). Henry Ettinghausen, por otro lado, comenta al respecto: “Perhaps the best-known manifestations of his antisemitism are his vicious literary attacks on Góngora” (242).

Irizarry, asimismo, vincula la decisión del protagonista de «hurtarle el cuerpo a su patria» (la acción queda equiparada con el crimen, aunque de modo jocoso) a la temprana edad de los trece años con que, en la tradición judía, se solía notificar la genealogía escondida en la llegada a la mayoría de edad: «Los criptojudíos, entonces, reservaban hasta los trece años de edad la noticia, y en ese año instruían a sus hijos en los ritos y creencias, para celebrar al final del año el *bar mitzvah*» (46). Según la autora, el autoexilio del niño pudo haber sido motivado por la impresión que dicha información tuvo en sus ánimos. La salida de San Juan constituiría así el inicio de un viaje expiatorio comenzado para purgar lo abyecto que se consideraba de su linaje, como sugiere Alonso cuando manifiesta que «no sólo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito, la que se da en México a los que son delincuentes, que es enviarlos desterrados a Filipinas» (100); sin embargo, no me parece verosímil que Ramírez abandonara su patria a los trece años porque habría recibido la noticia de su sangre ignominiosa, pues en Nueva España la persecución era más cruda que en Puerto Rico. Lo expiatorio de su viaje pierde sentido en tanto que incrementa las probabilidades de muerte al regresar a la tierra de la que se presume que huyó su padre. Y Alonso Ramírez, a lo largo de su travesía alrededor del mundo, tampoco muestra estar dispuesto a morir por su «mácula» en actos temerosos motivados por el autocastigo, como muestra el siguiente fragmento en el que el narrador cuenta cómo «considerando la barbaridad de los negros moros que allí vivían, hincado de rodillas y besándoles los pies con gran rendimiento, después de reconvenirles con lo mucho que les había servido y ofreciéndome asistirles en sus viajes como si fuese esclavo» (116). Un poco más adelante, en el mismo párrafo, el protagonista se llama a sí mismo «español cobarde y gallina», humillándose ante los piratas ingleses que lo tenían en cautiverio y que ofenden a la madre patria con su protestantismo y sus rapiñas.

Otra consideración que pone en duda que Alonso Ramírez hubiera sido un criptojudío es pensar que el sujeto de la historia estaría dispuesto a que Carlos de Sigüenza y Góngora, erudito de la corte del virrey, escribiese detalles que pusiesen su vida en peligro en la relación que la máxima autoridad de la Nueva España habría de leer. Según mencionamos arriba, el trueque de nombres era una práctica usual entre personas que querían ocultar su linaje. La misma tradición picaresca reiteró este tópico repetidamente en obras como el *Guzmán de Alfarache* y, especialmente, en el *Buscón*.

Irizarry concluye la sección de su ensayo dedicada al posible origen semita del protagonista con la siguiente aseveración: «Es natural que al contar su vida a un ilustre canónigo, Ramírez soslayara el tema» (49). Me parece que esto es atribuirle una ingenuidad poco probable al cosmógrafo de la Corona y miembro de la Academia Mexicana, quien sin duda hubiera estado al corriente de la costumbre de canjear nombres y que habría leído las grandes obras de la serie picaresca. En «Picaresque Elements in Carlos Sigüenza y Gongora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*», Julie Greer Johnson incluso presenta evidencia de la popularidad de la picaresca en el continente americano: «Although records of consignments of books bound for the Spanish Indies are incomplete, extant documents corroborate the introduction, in quantity, of the first part of Aleman's masterpiece in the year 1600» (66). De modo que resulta poco probable que Alonso Ramírez haya sido un judío encubierto, pues la relación hubiese convertido a su autor en un malsín que delató al hombre de carne y hueso Alonso Ramírez a la autoridad del virrey de la Nueva España⁹.

A pesar de mis reservas en cuanto a la posible estirpe semita de Alonso Ramírez, considero que dicha lectura es tanto enriquecedora como necesaria; ahora bien, pienso que el enfoque formal que emplea Claudio Guillén en su ensayo «Toward a Definition of the Picaresque» resulta más provechoso al analizar la serie del pícaro, pues evita la «abrumadora atención a los contenidos» sobre la que advirtió Fernando Lázaro Carreter en «Para una revisión del concepto de “novela picaresca”» (197). Guillén adopta un punto de vista formal que divide en cuatro partes para llegar a la mayor precisión posible. La segunda sección, la más extensa de todas, cuenta con ocho puntos que el crítico considera cruciales. El primero de estos es, a saber, la figura del pícaro, su definición como subversivo social y su diferenciación de otros arquetipos literarios. Respecto a los moldes recurrentes de personajes, el teórico llevó a cabo un contrapunteo entre el pícaro, el bufón, los desposeídos y los trotamundos. La dimensión de viajes del pícaro se desarrolla a lo largo de la estructura episódica del libro, ordenación observable en la historia de la serie picaresca desde el *Lazarillo de Tormes*. En el caso de Alonso Ramírez, su larga travesía incluyó su salida de San Juan, su estadía de siete años en la Nueva

⁹ El enfoque socio histórico que lleva a cabo Cordero Cuevas revela un dato importante sobre los orígenes de la figura del malsín: «Es el antropólogo don Julio Caro Baroja, quien nos recuerda que el malsín, personaje familiar de “ghettos” y aljamas, es el producto de una justicia cimentada en la justicia de carácter religioso» (21).

España, su curioso segundo autoexilio en las Filipinas, la sucesiva privación de su libertad a mano de los piratas ingleses, sus dificultades en el Caribe y su dichosa llegada a Yucatán. Aquí ya entra en consideración en el pícaro mismo como motor de la picaresca, puesto que Guillén arguye que el «*pícaro (the rogue-errant) is only partly a wanderer*» (75). Al examinar la estadía de Alonso Ramírez en varios continentes, considero que el puertorriqueño es más un trotamundos que un viajero parcial. Si bien el Guzmán de Alfarache llegó a Italia, sigue siendo la trayectoria dentro del continente europeo. Lo importante en la picaresca es que la dimensión de peregrino que contiene cada pícaro no eclipse su picardía, pues, como ha notado Zamora Vicente respecto a la evolución del género: «el horizonte se va ensanchando, con notoria reducción del paisaje espiritual del héroe. Lo que ganamos en geografía lo perdemos en mirada atenta y hacia adentro» [76]. Parece haber una relación inversamente recíproca en la magnitud de cada uno de estos aspectos en el pícaro. Mi hipótesis es, con exactitud, que este ensanchamiento obstaculiza y priva de cavilaciones penetrantes a Alonso Ramírez y lo hace ser presentado como un receptor pasivo de lo que le sucede.

En su trayecto por el mundo, Alonso Ramírez semeja ser más bien conducido por los vaivenes de la fortuna que un agente activo de su destino. No en balde reitera Guillén que «the picaresque novel, then, offers a process of conflict between the individual and his environment, inwardness and experience, whereby one element is not to be perceived without the other» (78). El elevado nivel de conciencia del pícaro es, según el crítico, el aspecto que lo diferencia del bufón, como afirma en la siguiente cita: “The jester or fool is an important person in Renaissance art and life... Yet, the reflective, introspective, changing pícaro cannot be confused with the static, happy hero of jestbooks” (75). Trasladando las reflexiones de Guillén al protagonista de nuestra relación, Aníbal González asevera: «Rara vez el “Yo” de *Los infortunios* es crítico en el sentido que apunta Claudio Guillén cuando afirma que “the total view of the pícaro is reflective, philosophical, critical on religious or moral grounds”» (200). De manera que, aunque Alonso Ramírez no es «apenas sensitivo», como el árbol rubendariano, su conciencia carece de la perspicacia desengañada del pícaro.

La figura del desposeído con tendencias delincuenciales no debe de asociarse biunívocamente con el pícaro. Ulrich Wicks afirma en su estudio «The Nature of Picaresque Narrative: A Modal Approach» que la situación esencial de la novela picaresca «es esa de un protagonista no-heroico, peor

que nosotros, atrapado en un mundo caótico, peor que el de nosotros, en el que se encuentra en un viaje de encuentros que le permiten ser tanto víctima del mundo como su explotador» (241, 242)¹⁰. Así los casos, aunque el pícaro toma acciones que el lector promedio no haría o que no hubiese hecho en su posición, este no cae bajo la definición de un criminal. En cuanto a Alonso Ramírez, Aníbal González señala que «así en los *Infortunios* nos enfrentamos con un “Yo” picaresco singularmente humilde, respetuoso de las leyes y de la autoridad superior» (200). Si al pícaro no se le puede encasillar en la categoría de delincuente, menos podría hacerse con Alonso Ramírez, que de transgresor no tiene nada; además, aunque este texto no presenta rasgos hagiográficos como los *Naufragios*, de Núñez Cabeza de Vaca, sí vemos en Alonso Ramírez a un devoto de la Virgen de Guadalupe y encontramos en el texto un caso particular que se relata como un milagro. En tierra firme, luego que Ramírez y compañía terminaron en Yucatán, vagaron un tiempo sin encontrar una fuente de agua potable. Al quinto día del mencionado infortunio, ya rendidos y extenuados por la sed, dice el narrador que le rogaron a la Virgen de Guadalupe que intercediera por ellos y «antes que se acabase la súplica, viniendo por el sueste la turbonada, cayó un aguacero tan copioso sobre nosotros, que refrigerando los cuerpos y dejándonos en el cayuco... nos dio las vidas» (135). En los *Infortunios* leemos, pues, la relación de un devoto que no lleva la vida pecaminosa del pícaro, por quien la Virgen obra un prodigio para salvarle la vida¹¹.

Del sentido «estricto» del género picaresco del que habla Guillén, debemos abordar el aspecto de la forma autobiográfica en primera persona. Esta técnica formal de la serie picaresca es empleada en los *Infortunios*, pero se desestabiliza mientras va concluyendo la relación, cuando Carlos de Sigüenza y Góngora, quien escribe el documento que le solicita el virrey de la vida del

¹⁰ La traducción de la cita es mía. Me pareció pertinente traducirla en este caso en particular por la estructura del párrafo.

¹¹ Conviene reparar la definición que proporciona Aníbal González para determinar si se asimila al cuadro devoto de Alonso Ramírez: «a medida que su discurso va revelando lo que es el pícaro —un *embustero*, un *impostor*, un mozo de muchos amos, una figura proteica como el Buscón de Quevedo—... la existencia de ese «Yo» se va tornando fantasmagórica» (198, énfasis mío). Por otro lado, Raquel Chang-Rodríguez enfatiza el fervor de Alonso Ramírez cuando señala, en su libro *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana*, que «si en el barco de la picaresca domina el dios Baco, en el inglés Alonso ha colocado en el mástil a la Virgen de Guadalupe (39-40) a cuya intercesión atribuirá su libertad y la de sus compañeros» (102).

carpintero analfabeto, se inserta en la narración, aunque mantiene a la vez la perspectiva de primera persona del puertorriqueño. Esto sucede cuando Alonso Ramírez cuenta cómo llegó donde el virrey y que este lo remitió a De Sigüenza y Góngora por el afecto que le tiene. Luego pasa la narración a enumerar un catálogo de los cargos del escritor que la compuso, de los que procede a decir que «títulos son éstos que suenan mucho y valen muy poco, y a cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia» (Guillén, 148, 149). Esta forma autobiográfica junto con la figura del pícaro son los elementos que Guillén incluye en su sentido «amplio» de lo picaresco. En cuanto a la primera, se puede atribuir el lazo estrecho entre la relación y la picaresca propuesto por González Echevarría. El segundo aspecto remite al comportamiento no ejemplar del pícaro en alusión al sentido «estricto» del que habla Guillén. En el sentido «amplio», no obstante, el autor atribuye otra capa adicional al personaje, en la cual se aprecia el matiz que hace especial su marginalidad en la literatura. Guillén llama a los personajes cortados por el molde del *Lazarillo* «*half-outsiders*», quienes, desencantados con el funcionamiento de la sociedad, pero incapaces de prescindir de ésta, hacen un pacto que los mantiene a medias, pero dentro del marco de la comunidad: «Now a *pícaro*, the hero chooses to compromise and live on the razor's edge between vagabondage and delinquency. He can, in short, *neither join nor actually reject his fellow men*. He becomes what I would like to call a “half-outsider”» (80). Ese *ahora un pícaro* que menciona el autor se refiere al momento característico del género picaresco en el que el joven, luego de varios sinsabores iniciales, decide tomar las riendas de su vida, pues su entorno operó en él un cambio irreversible. En el *Lazarillo de Tormes* la metamorfosis ocurre luego de la calabazada con la estatua del toro que el ciego le da a su nuevo sirviente al salir de Salamanca. Después de este suceso, dice el narrador: «Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido, estaba» (32). Dicho punto de inflexión en la vida del personaje es una convención sin la cual no puede considerarse una obra *picaresca* ni tan siquiera en el sentido «amplio» de la palabra, pues es el instante en que se cobra una súbita conciencia de la hostilidad del mundo exterior y es el momento preciso en que nace el pícaro¹². De hecho, Chang-Rodríguez afirma que, en la relación

¹² Este segundo nacimiento, por así llamarlo, ocurre en el *Buscón* cuando don Diego y Pablos van a Alcalá de Henares a estudiar. Luego de varias bromas que le juegan sus compañeros por ser nuevo, dice Pablos sobre su humillación: «Rieronla todos, doblóse mi afrenta, y dije entre mí: ‘Avisón, Pablos, alerta’» (98).

escrita por Carlos de Sigüenza y Góngora, «[l]a transgresión del código picaresco se da al nivel del protagonista. A pesar de la hostilidad social y de ser nadie por su pobreza y linaje, *Alonso no se deja corromper*» (107, énfasis mío). De modo que me parece acertado concluir que los *Infortunios de Alonso Ramírez* no cuenta con dicha conversión del personaje¹³.

David Lagmanovich se apoya, en su ensayo «Para una caracterización de *Infortunios de Alonso Ramírez*», en tres puntos principales «para afirmar la íntima conexión de los *Infortunios* con la novela picaresca: las salidas y andanzas, el tema del hambre, y una discreta presencia del humor característico del género» (414). No obstante, Guillén descarta una obra del siglo xvii de la serie picaresca, incluso en el sentido amplio de su explicación, que contiene exactamente los mismos elementos que Lagmanovich nota en los *Infortunios*: ...«“Scarron’s influential *Roman comique* (1651-1657), contains certain picaresque elements, such as the stress on material necessity, the satirical gallery, the road. But no one would mistake it for one of our picaresque novels, even in the wider sense”» (94). Cabe añadir sobre los criterios de Lagmanovich que, aunque el narrador sí presta particular atención a la indigencia que padeció en su recorrido del mundo, los esporádicos comentarios cómicos en los *Infortunios* se encuentran a años luz de la mordacidad satírica de la picaresca. Tomemos de ejemplo uno de los casos aislados de humor irónico en la relación que nos concierne. Luego de que Alonso Ramírez fue remitido por uno de los alcaldes de Tojuzuco a Mérida, cuenta el narrador que «no hubo vecino de ella que no me hiciese relatar lo que aquí se ha escrito... para esto solían llevarme a mí y a los míos de casa en casa, pero al punto de medio día me despachaban todos» (146). Veamos ahora el comentario cáustico del narrador del *Lazarillo* cuando relata cómo su padraastro Zaide tuvo problemas con la justicia por hurtar para mantener a su hermanito: «No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el

¹³ Invernizzi Santa Cruz, es su ensayo aludido, le cierra las puertas a la posibilidad de conversión para Alonso Ramírez cuando afirma que Carlos de Sigüenza y Góngora subordinó a quien le proveyó la información de su relato al lugar marginal del que intentó escapar. La autora sugiere que cuando Sigüenza y Góngora se insertó en la relación, disminuyó la importancia de la narración de Alonso Ramírez, limitándola a «mera apariencia, fijándolo como discurso que es simple testimonio de hechos vistos y vividos por un testigo que no ha sido transformado por decisiva experiencia, pues para él es imposible la conversión que hace del hombre, un hombre nuevo» (21).

uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas» (30). Entre ambas citas media una sorna abismal¹⁴.

Otra diferencia llamativa entre Alonso Ramírez y los pícaros es el rol de la figura materna en sus vidas. Alonso recuerda gratamente a su madre, a tal grado que, cuando la evoca para hablar de su infancia, dice: «y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres sólo le pueden dar a sus hijos, que son consejos para inclinarlos a la virtud» (96). El ejemplo decente de la madre del puertorriqueño contrasta con el establecido por la madre de Lázaro, quien fue amancebada y cuyo mejor consejo para su hijo fue «válete por ti» (31). Por otro lado, Guzmán afirma que tuvo a dos padres, debido a las promiscuidades de su madre, e incluso comenta irónicamente: «Vedlo a los ojos, pues agradó igualmente a dos señores, trayéndolos contentos y bien servidos» (157). Mientras, la madre de Pablos era una bruja celestinesca, docta en fingir virgos. La reputación de la madre del niño Pablos lo persigue incluso hasta su ingreso a la escuela. Los muchos disgustos que experimentó debido a la infamia materna son ejemplificados en el siguiente lance: «Y aunque yo me corría disimulaba; todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera» (66). En cuanto a la figura paterna, a Lucas de Villanueva no puede imputársele una conducta de dudosa moralidad, pues incluso le enseña a su hijo el oficio de carpintero de ribera con el que pueda mantenerse. En cambio, Lázaro de Tormes no tiene la misma opinión respecto a su padre Tomé González: «Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso» (29). En el *Buscón*, mientras Pablos se encuentra en Alcalá de Henares estudiando, le llega una carta desde Segovia de su tío verdugo, en la que este le informa: «Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo como quien lo guindó», y más adelante: «De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo, porque está presa en la Inquisición de Toledo» (108, 109). Vemos con los ejemplos citados que los padres de los pícaros están muy lejos de la virtud

¹⁴ La censura en la metrópoli no era del mismo grado que en sus colonias, lo que seguramente afectó el humor de los textos que en cada región se produjo. También es pertinente notar que el autor del *Lazarillo* se escondió detrás del anonimato, mientras que la relación del criollo fue escrita expresamente para los ojos del virrey. No obstante, mi enfoque es formal y, como tal, deja a un lado estas consideraciones para enfocarse en los textos en sí.

y le enseñan no un oficio honesto a su prole, sino maneras de ganarse la vida que los pueden meter en problemas con el Santo Oficio.

La distancia que media entre la ascendencia del criollo y los pícaros por antonomasia nos trae nuevamente a la especulación sobre la sangre de Alonso Ramírez. Estelle Irizarry aduce como prueba de que Alonso es un judeoconverso el rechazo de su pariente materno que residía en la ciudad de Oaxaca. Alonso relata que, «en busca de alguna mano para subir un poco», se encontró con el regidor D. Luis Ramírez, pero su expectativa se vio frustrada después de un viaje de muchas leguas, ya que solo consiguió «el que negándome con muy malas palabras el parentesco, tuviese necesidad de valerme de los extraños» (98). Me parece que atribuirle una explicación de orden semítico al rechazo que sufrió el protagonista borra la verdadera ironía que resulta cuando se toma en cuenta su abolengo. Chang-Rodríguez acierta en este punto cuando sostiene que «la simple genealogía del puertorriqueño, el oficio paterno y el catolicismo y la piedad de su madre parodian la ascendencia delincuencial del pícaro, así como los oficios practicados por sus padres» (96). Asimismo, si dejamos a un lado la conjetura acerca la parentela conversa, es posible encontrar dentro del texto mismo una respuesta al repudio con que fue despedido Alonso Ramírez por su familiar. Al final de la relación, el narrador refiere un «donosísimo cuento» que a Alonso le aconteció cuando llegó a Tixcacal con una carta para ambos alcaldes. Un desconocido se le acercó fingiendo ser su amigo de infancia. Como supuesta muestra de cariño por los lazos fraternos que los unían, el extraño le notificó que había escuchado que se murmuraba sobre él que era un espía de corsario y que su vida corría peligro, ya que el rumor había llegado a los oídos del gobernador de la provincia. Alonso se dio cuenta de que el individuo intentaba embaucarlo cuando este le pidió, como ofrenda para apaciguar la ira del gobernador, a su esclavo Pedro¹⁵. El puertorriqueño, en este punto, le respondió de manera cortante: «No soy tan simple... que no reconozca ser Vmd. un grande embustero y que

¹⁵ En su ensayo «Carlos de Sigüenza y Góngora o la picaresca a la inversa», Raúl H. Castagnino observa que la posesión de un esclavo limita el grado de afinidad comprensiva que el lector puede sentir hacia Alonso Ramírez. Por este motivo, el autor, refiriéndose a cuando los ingleses liberaron a Alonso y a sus compañeros, señala que «buena parte de la simpatía picaresca del relato de aventuras se desvanece cuando el cristiano Alonso, en la numeración de sobrevivientes de la aventura, hace alarde de que entre ellos cuenta 'Pedro, negro de Mozambique, esclavo mío'» (97).

puede dar lecciones de robar a los mayores corsarios» (145). El desdén manifestado a este advenedizo es muy parecido al chasco que «con muy malas palabras» le propinó a Alonso su pariente. Me parece sensato razonar que el regidor D. Luis Ramírez increpó al infortunado Alonso por no juzgar como verdaderos las credenciales de sangre que este adujo, y que probablemente estaba acostumbrado a recibir solicitudes de medro de personas que, con verdadera malicia de pícaros, se ponían la falsa máscara del parentesco para ganarse sus simpatías.

Los *Infortunios de Alonso Ramírez* es un texto híbrido, como bien dice David Lagmanovich al referirse al problema que puede ocasionar la obra al intentar clasificarla. Aun así, el crítico reitera que esa cualidad «apunta a una característica permanente de la gran parte de la mejor literatura que han producido los países de América hispánica: su atipicidad o, como también se lo ha llamado, su hibridismo» (413). Si bien los *Infortunios de Alonso Ramírez* cuenta con operaciones formales picarescas, como presentar a un protagonista que sirve a varios amos, que está escrito en primera persona, muestra una narración episódica, e incluso deja abierta la posibilidad de considerar a Alonso Ramírez como un cristiano nuevo, tiene un componente marcado de *relación* o historia de viajes que llena el vacío que deja su carencia de pícaro, quien es, después de todo, el alma del género en discusión.

OBRAS CITADAS

- Anónimo. *Lazarillo de Tormes*. Pedro Aullón de Haro. Editorial Plaza Mayor, 2006.
- Alemán, Mateo. *Guzmán de Alfarache*. José María Micó (ed.), vol. 1, Cátedra, 1987.
- Castagnino, Raúl H. «Carlos de Sigüenza y Góngora o la picaresca a la inversa». *Escritores hispanoamericanos, desde otros ángulos de simpatía*. Editorial Nova, 1971, págs.
- Chang-Rodríguez, Raquel. «La transgresión picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*». *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, Siglos XVI y XVII*. José Porrúa Turanzas, 1982.

- Cordero Cuevas, Idalia. «La presencia de los conversos en la novela picaresca o cómo leer entre líneas». *La nación: los judíos españoles y portugueses en la zona del Caribe*. Conferencias del 12 al 29 de noviembre de 1992 en el Centro de Recepciones del Gobierno de San Juan. 1-36.
- Cruz, Lucía Invernizzi Santa. «Naufragios e infortunios: Discurso que transforma fracasos en triunfos», *Revista chilena de literatura*, no. 29, 1987, 7-21. www.jstor.org/stable/40356469.
- González, Aníbal. «Los infortunios de Alonso Ramírez: Picaresca e historia». *Hispanic Review*, vol. 51, no. 2, 1983, 189-204. www.jstor.org/stable/472728.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive: A Theory of Latin American Narrative*. 1st ed., Cambridge University Press, 1990.
- Guillén, Claudio. "Toward a Definition of the Picaresque". *Literature as System: Essays toward the Theory of Literary History*, Princeton University Press, 1971, 71-106.
- Ettinghausen, Henry. «Quevedo's Converso Pícaro». *MLN*, vol. 102, no. 2, 1987, 241-254. www.jstor.org/stable/2905687.
- Johnson, Julie Greer. "Picaresque Elements in Carlos Sigüenza y Góngora's *Los Infortunios de Alonso Ramírez*". *Hispania*, vol. 64, no. 1, 1981, 60-67. www.jstor.org/stable/340330.
- Lagmanovich, David. «Para una caracterización de Infortunios de Alonso Ramírez». Goič Cedomil, ed. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, vol. 1, Editorial Crítica, 1988.
- Lázaro Carreter, Fernando. «Para una revisión del concepto de 'novela picaresca'». *'Lazarillo de Tormes' en la picaresca*, Ariel, 1983, 193-229.
- Merrim, Stephanie. «Los primeros cincuenta años de historiografía hispana sobre el nuevo mundo: El Caribe, México y América Central». González Echevarría, Roberto y Enrique Pupo-Walker (eds.). *Historia de la literatura hispanoamericana I. Del descubrimiento al modernismo*. Gredos, 2006, 85-126.
- Núñez Cabeza de Vaca, Alvar. *Naufragios*. Trinidad Barrera. Alianza Editorial, 1985. Quevedo, Francisco de. *Historia de la vida del Buscón*. Ignacio Arellano, Espasa Calpe, 1993.

- Redondo, Agustín. «Revisitando el concepto de literatura de conversos. El caso del Lazarillo: progenitor de los libros pícaros». *Lo converso: orden imaginario y realidad en la cultura española (siglos XIV-XVII)*, Iberoamericana, 2013, 241-265.
- Surtz, Ronald E. «Características principales de la literatura escrita por judeoconversos: algunos problemas de definición». *Judíos. Sefarditas. Conversos. La expulsión de 1492 y sus consecuencias*. New York, 1995, 547-556.
- Roncero López, Victoriano. «La ideología del Buscón». *Estudios sobre el Buscón*, Ediciones Eunsa, 2013, 173-190.
- Sigüenza y Góngora, Carlos de. *Los infortunios de Alonso Ramírez*. Estelle Irizarry (ed.), Editorial Cultural, 1990.
- Tinianov Juri, and Todorov Tzvetan. «Sobre la evolución literaria». *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Siglo Veintiuno Editores, 1976, 89-101.
- Wicks, Ulrich. «The Nature of Picaresque Narrative: A Modal Approach». *PMLA*, vol. 89, no. 2, 1974. 240-249. www.jstor.org/stable/461446.
- Zamora, Alonso Vicente. *Qué es la novela picaresca*, Editorial del cardo, Biblioteca Virtual Universal, 2003. <http://www.biblioteca.org.ar/libros/92707.pdf>.